

# GRIS DESPEDIDA

Heidi Vivas



# Capítulo 1

Gris despedida

En un día como el de hoy, más frío aún por cierto, lo recuerdo, cerraba sus ojos para siempre un ser todo bondad y amor. Tan solo había vivido treinta y seis años, era mi madre y yo la lloré intensamente aquel día en que le vi apoyarse contra la ventana presa de un ACV, corría el año 1957. Mis escasos ocho años me enfrentaron a ese dolor tan terrible y le velé en mi casa junto a mi querido padre, quien estaba tan desesperado que lloraba como un niño al que la vida le arrebatara su bien máspreciado. ¡Cuánto dolor! Lo revivo cada vez que llega esta fecha y este se intensifica por las duras palabras de mi cruel abuela paterna: " A vos se te terminaron todos los mimos".

Sentada en la noche frente al féretro, entre medio de unas comadronas que hablaban de miles de estupideces ahí estaba yo, solita aquella gélida noche. Mucha gente acompañaba, como era costumbre. En la galería un grupo de hombres se agolpaba en torno a un brasero improvisado con una lata de aceite agujereada para dar paso al esperado calor que irradiaba. Bebían caña, un licor barato que les calentaba interiormente, mientras el consabido borracho iba y venía restregándose contra las coronas, algunos pétalos caían sobre los mosaicos.

Toda esa triste imagen me viene a mi memoria. Y recuerdo que me sentía tan madura, sola y dolida, que nada ni nadie me importaba. Mi vista estaba clavada en aquel ataúd que contenía a mi bella madre. Esa noche, proveniente de Buenos Aires llegó mi padrino, única fuente de consuelo y amparo quien al verme tan indefensa en aquella sala mortuoria, tan tétrica, se deshizo en atenciones para conmigo. Si por él hubiese sido, me habría alejado de allí de inmediato. Era el cuñado mayor de mi madre, junto a él estaban su esposa y dos hermanos más de mami. Ethel, era mi madrina, un ser amoroso. No dejaba de acariciarme, también estaban Hermelinda y Sabino, los tres eran los hermanos de mi adorada Amelia, quien muerta, fría y sola yacía en aquel espantoso cajón de madera.

Al día de hoy siento estrujarse mi corazón al recordar a mis compañeritos de tercer grado, que vinieron a saludarme a primera hora del día siguiente, junto al director de la escuela. Un alto chaqueño, imponente y muy carismático. Era muy amigo de mi padre, ambos se apreciaban.

Yo me apretaba contra mi madrina, no quería separarme de su lado. Sentía como un extensión del cariño de mi madre envolviéndome. Ella estaba allí, nadie podría dañarme. Mi padre no dejaba de encerrarse en el baño para llorar su desgracia. Y llegó un auto largo y negro, jamás había visto uno igual. Toda la gente que yo quería se despidió de mi y se subió en él llevándose a mi ser adorado. Papá había accedido a que mi madre

fuese sepultada en Chacarita, ese lúgubre cementerio de Capital Federal.  
Y ahí comenzó mi verdadero calvario.